

La alborada de una teoría urbana

Rosario Giusti
rosario_giusti@hotmail.com

Nuestros expertos en el problema urbano se enfrentan a una serie de teorías universales, que se visualizan ajenas en su aplicación al vivir de los desarrollos informales que se localizan primordialmente en la periferia de las ciudades latinoamericanas. Cuando estas teorías persiguen la belleza de la escena urbana, respaldada por un adecuado funcionamiento de la ciudad, nuestros expertos generalmente enfocan el problema de los desarrollos informales con una visión de utilitariedad en las actuaciones, en la cual la búsqueda de la armonía de la escena urbana pasa a ser secundaria y generalmente considerada un desperdicio de recursos.

Dentro de esta visión de belleza y/o utilitariedad, es importante analizar el hecho de que el ser pobre no quiere decir ser feo, y que el denominado urbanismo popular debe enfocarse con una nueva visión de la estética urbana, en la cual los tan manoseados escenarios socioeconómicos que se evalúan y ponderan al establecer un plan de actuaciones, incorporen un indicador de calidad de vida que exceda el buen funcionamiento del sistema e incluya y pondere significativamente la escena urbana, asociándola con el escenario socioeconómico. No hay que hacerse eco de las teorías universales pero sí considerar que la combinación de funcionalidad y armonía puede ser bandera de un urbanismo popular.

El arquitecto, diseñador y planificador urbano venezolano, sumergido en la búsqueda de un urbanismo para las áreas informales, predominantes por la dimensión de su ocupación, se maneja profesionalmente en esta área problema, utilizando recetas, indicadores y enfoques tradicionales, que generalmente enfrentan el problema con índices numéricos para medir la mayor o menor calidad de vida. Una teoría arraigada en las raíces de la ocupación urbana latinoamericana, requiere que el profesional urbano se despoje de la visión tradicionalista de la utilitariedad *per se*, e incorpore un matiz de sueño y creación en pro de un urbanismo popular de calidad, incluyendo la belleza como necesidad básica a satisfacer en las soluciones propuestas.

La restricción en los montos de inversión para el urbanismo popular y su correlación con el enfoque de utilitariedad han transformado la expresión de un urbanismo para pobres en un pobre urbanismo, en el cual *pobre* se traduce en la carencia de elementos cívicos cuya clasificación no puede englobarse dentro del criterio de utilitario, que como se insiste, priva en las actuaciones urbanas de esta naturaleza. El salto de un urbanismo utilitario a un urbanismo de calidad requiere enfocar el proyecto que actualmente se ha denominado en los planes y programas nacionales de habilitación física, no sólo como la solución a un problema de funcionamiento y organización urbana sino como una **solución estrechamente vinculada a la morfología y conformación del espacio público.**

La dotación y el acondicionamiento del espacio público, componente prioritario de la escena urbana, plantea una serie de interrogantes, ya que satisfacer los requerimientos de tierra para uso público implica expropiaciones y desalojos, puesto que la oferta de soluciones generalmente se enmarca dentro de una tendencia ordenadora y racionalizadora, con estándares físicos y numéricos de la ciudad tradicional, equivocados por su concepción e inviables en su aplicación.

La experiencia adquirida en el desarrollo de Proyectos de Habilitación Física de Barrios me permite concluir que la búsqueda de tierras para uso colectivo debe resolverse sin afectar, o afectando en lo mínimo, el recurso construido. Para lograr esto, es necesario desarrollar soluciones no tradicionales que se inscriban en el medio construido de manera amigable y sin perturbaciones físicas masivas, sin perder de vista el objetivo estético vinculado a un urbanismo de calidad. Se requiere, en consecuencia, construir sobre lo construido y establecer nuevas formas de propiedad sobre el suelo donde se apoyan las estructuras (condominios), y nuevas regulaciones sobre el uso y propiedad del espacio vacío entre edificaciones (a partir del primer piso especialmente), en el caso específico de barrios densos en laderas de cerros.

En los barrios venezolanos, la política de intervención se ha movido entre los extremos de una política urbana de tipo quirúrgico, centrada en la *erradicación* e integración a través de la reubicación de zonas completas del barrio y la actual política de habilitación, en la cual se articula el barrio a la ciudad formal como una entidad no divisible y se disminuyen los desajustes funcionales y formales parcialmente, sin afectar la unidad físico social del grupo.

La política urbana de tipo quirúrgico que visualiza el barrio popular, de desarrollo espontáneo e irregular, como una muestra de irracionalidad o de inadaptación y que entiende la modernización de éstos como una modificación a su estructura tradicional, afortunadamente, se ha ido moviendo hacia la política de habilitación que cataloga el barrio como una respuesta ingeniosa y muy eficiente de adecuación de las condiciones tan desfavorables a las que son relegados los grupos más pobres de la sociedad.

La política de habilitación urbana, de hecho ha considerado esta respuesta ingeniosa como un recurso a respetar, propiciando actuaciones de mínima intervención, que refuercen sin modificaciones radicales la esencia de la morfología y carácter del sitio. En consecuencia, esta política con un enfoque de valoración del hecho urbano y de la estructura cultural tradicional, adolece del requerimiento en sus objetivos, de establecer la aparición e incorporación al conjunto construido del elemento cívico en la escena urbana, con acciones tendentes a su mejoramiento y embellecimiento.

La conciliación en los enfoques de intervención basados en una apertura hacia nuevas búsquedas y nuevas soluciones, en las cuales el barrio se considera un sistema en crisis, obliga a adoptar cambios radicales de perspectivas y replanteo de los problemas básicos, externos de interrelación con el entorno e internos de carencia de servicios y estado de la construcción precario.

Esto implica, en el decir de Marina Waisman, revisar nociones que parecían definitivamente aceptadas, encontrar fisuras en las seguridades adquiridas, fisuras por las que se deslizarán nuevas ideas, nuevos conceptos, nuevos modos de entender el mundo.

Estos nuevos modos de entender el mundo de los desarrollos informales, abarcan la invención de soluciones para lo aparentemente insoluble, ya que las características de ocupación y organización de estos asentamientos en los cerros de la periferia de nuestras ciudades, generan severas dudas sobre la viabilidad de soluciones que permitan una dotación de infraestructura y equipamiento, sin incurrir en modificaciones radicales. Un enfoque creativo y novedoso en las soluciones hace necesario dejar de lado los estándares urbanos establecidos por los organismos gubernamentales y realizar ajustes física y culturalmente sostenibles.

La búsqueda de nuevas ideas debe apoyarse fundamentalmente en un análisis del sitio integral, en el cual se excedan los estudios clásicos de usos del suelo, estado de la construcción e indicadores numéricos y se incorporen los estudios de las estructuras referenciales de los usuarios y de la morfología presente en el sitio. Este análisis debe, en consecuencia, incluir la identificación y ponderación del sentido de territorialidad entendido como el conocimiento físico y social que poseen los habitantes, no sólo de su entorno cercano sino de un entorno circundante en el cual se mueven habitualmente y sobre todo la valoración y reafirmación de la escena urbana, para el disfrute de los actores que pueblan los cuantiosos desarrollos informales del país, consideraciones que, en conjunto, produzcan soluciones sostenibles, estrechamente vinculadas a la morfología y a la conformación del espacio público. La morfología como recurso colectivo construido, será clave en el análisis porque constituye el enmarcado para medir la sostenibilidad de las actuaciones propuestas.